

EL POPULISMO LATINO Y LA NOSTALGIA DE UNANIMIDAD

Latin Populism and Nostalgia for Unanimity*

LORIS ZANATTA
Universidad de Bolonia
loris.zanatta@unibo.it

Fecha de recepción: 06/06/2018
Fecha de aceptación: 11/06/2018

Anales de la Cátedra Francisco Suárez
ISSN: 0008-7750, núm. 53 (2019), 15-28
<http://dx.doi.org/10.30827/ACFS.v53i0.7511>

RESUMEN El populismo latino proclama el principio de la unanimidad. Es inclusivo, pero puede volverse totalitario en nombre del pueblo. Puede tener una base popular e implementar políticas distributivas, pero su característica sobresaliente es la ambición de transformar a su pueblo en todo el pueblo. Animado por un impulso unanímista y una pulsión redentora, el populismo latino es un fenómeno que tiene profundas raíces religiosas. Estas raíces se basan en el humus antiguo de la cristiandad colonial hispana y evocan el imaginario organicista en que estaba basado, imaginario que, en el transcurso del tiempo, se ha levantado como un baluarte identitario contra la difusión de las ideas iluministas y liberales.

Palabras clave: populismo, catolicismo, liberalismo.

ABSTRACT Latin populism proclaims the principle of unanimity. It is inclusive, but may turn totalitarian in the people's name. It may have a popular basis and implement policies of social distributism, but its outstanding feature is the ambition to transform its people into the whole people. Animated by unanimist drive and redemptionist afflatus, Latin populism is a phenomenon having deep religious roots. These roots are grounded in the ancient humus of Hispanic colonial Christianity and recall the organicist imagery on which it was based, and which—in the course of time—has raised as an identitary bulwark against the spread of illuminist and liberal ideas.

Key words: populism, catholicism, liberalism.

* Para citar/citation: Zanatta, L. (2019). El populismo latino y la nostalgia de unanimidad. *Anales de la Cátedra Francisco Suárez* 53, pp. 15-28.

1. INTRODUCCIÓN

La palabra “populismo” da muchos problemas: sería bueno poder prescindir de ella. Sin embargo, cada vez que se ha intentado, reaparece como un plato mal digerido. Es un hecho que evoca fenómenos históricos que no pueden ser definidos de una forma mejor. ¿Qué hacer entonces? Mi idea es ser poco exigente, pedirle lo menos posible y evitar definiciones rígidas y taxativas. Es mejor permanecer en la vaguedad, no ser prescriptivos y darle un sentido evocador: resultará menos precisa, pero más profunda. Aclarado esto, diría que el núcleo más íntimo del populismo está formado por una *nostalgia de unanimidad*. El sueño que alimenta el populismo es regenerar la unidad primordial, la armonía natural, la identidad compartida, la comunidad perdida. Dejemos que se explique un experto en el tema: solo hay un pueblo, el pueblo “es uno”, decía Fidel Castro. En el pueblo todos deben tener “la misma mentalidad, las mismas concepciones de la vida, la misma educación, la misma cultura, el mismo ideal político” (Castro, 1974). ¿Esto existió alguna vez? Nunca en la historia, seguro, pero siempre en la imaginación, la esperanza o la fe. ¿Ha existido el paraíso terrenal? ¿Realmente el hombre vivió allí sin pecado original? Es cuestión de fe. El hecho es que estos mitos han poblado nuestra mente durante miles de años. ¡Por alguna razón será! Pues bien, de ahí nace el pueblo imaginado del populismo y ahí se debe buscar su esencia: en su idea de pueblo. ¿Por qué, de lo contrario, llamarlo populismo?

La ambición de regenerar la unanimidad perdida es, por lo tanto, el sueño prohibido del populismo. Un sueño poderoso. El verbo *regenerar* está lleno de implicaciones: expresa el *espíritu redentor* que anima el populismo. Este espíritu, en consecuencia, no evoca horizontes evolutivos, graduales, reformistas, sino la revolución, el acto catártico, preludio del renacimiento. Lo hace incluso cuando se manifiesta en contextos democráticos. Y la revolución, pensándolo bien, es el término secular que alude a la redención: a la regeneración, para ser más precisos. Y el acto de redención o revolución, como acto expiatorio de los pecados del hombre y de la sociedad, es una clara referencia, en el plano histórico, a un imaginario o mitología religiosa. No es casual que todos hayan notado la matriz religiosa de los populismos de todos los lugares y épocas (Hermet, 2001): la inspiración redentora, el sueño de renacimiento, de purificación social del pecado, indican que el populismo es heredero secular de un antiguo imaginario religioso; un imaginario que no concibe el orden político como un pacto racional sujeto a constantes negociaciones y compromisos entre una pluralidad de sujetos, sino como un reflejo de un orden natural que lo precede; un orden que Dios o la naturaleza quería armonioso e inmaculado, pero

que ha sido corrompido por algo: el pecado. La política, para el populismo, no es una esfera autónoma de la esfera religiosa y moral, gobernada por una lógica propia: es la continuación de la religión por otros medios; es una esfera dominada por imperativos morales e identitarios, no por mediaciones institucionales. Tanto es así que la lucha del populismo contra aquellos que, en cada ocasión, son señalados como enemigos de ese orden es más ética que política, emana odio moral más que aversión ideológica. La del populismo contra sus enemigos es una guerra moral contra los pecadores, más que una fisiológica dialéctica política con adversarios de diferentes ideas o intereses; y su pueblo no es un pueblo entre otros pueblos: es el pueblo elegido en su camino hacia la salvación, huyendo de la corrupción y el mal. Como tal, invoca al Mesías para guiarlo.

A través de su guerra moral, el populismo pretende recrear la unanimidad, el paraíso terrenal, el estado de naturaleza en el que el pueblo viviría feliz si sus virtudes intrínsecas no hubieran sido desfiguradas por el pecado. Pero, ¿qué es el pecado? Es división, disenso, herejía, fractura de la unanimidad. Los conflictos, la pluralidad y la multiplicidad son, en esta visión salvífica, patologías que atacan al organismo sano que el populismo llama pueblo. Pero la unanimidad ¿de qué? De lo que el populismo plantea como base unívoca de la comunidad política, de lo que llama, no casualmente, la *identidad* del pueblo. En el pasado, en el mundo premoderno dominado por lo sagrado, era la unanimidad de la fe; hoy en día, en una época secular, es la identidad y la unanimidad ideológica, que suele ser impuesta como religión política donde el populismo derrota al enemigo, crea una ideología del Estado y transforma al Estado en entidad ética que educa al pueblo en su catecismo. Esta unanimidad identitaria del pueblo puede adquirir muchas formas: étnica o confesional, social o nacional; se puede encarnar en un territorio, una clase. Hoy incluso en una virtud: honestidad, justicia, misericordia. Pero lo que importa es que ese pueblo posea el monopolio de la fuente de identidad; que esa fuente no sea plural ni objeto de discusión. Este monopolio de la identidad se traduce así en una fractura insuperable entre el pueblo legítimo y el no pueblo, el antipueblo. En todo eso, el populismo no está en el contenido del esquema maniqueo, sino en el esquema mismo, en la división entre nosotros los electos y ellos los réprobos, entre el pueblo de Dios y el antipueblo condenado al infierno. Algunos podrán pensar que no es lo mismo si el pueblo elegido es el proletariado y no la raza aria, el pobre y no el rico, si el valor que en su nombre es invocado es la justicia social y no la pureza étnica. Lo dudo: el principio de unanimidad que eleva a una parte del pueblo a todo el pueblo, a único pueblo, en cualquier caso es la marca ideal de populismo (Gentile, 2001; Griffin, 2008). Y en nombre de ese pueblo único y del propósito de redimirlo, todos

los medios serán lícitos. La historia está llena de genocidios o masacres en nombre del pueblo y de nobles ideales.

Pero el populismo no tendría razón de existir, si no considerase perdida la unanimidad que anhela y puesto que esto ha sucedido, alguien debe tener la culpa. Mejor, más que individuos, categorías de individuos culpables de haber erosionado la unanimidad del pueblo, contaminado su cultura y socavado su identidad. Categorías, ya que el enemigo del populismo, como el pueblo del populismo, es para los populistas un cuerpo, un todo, un conjunto holístico. Sus enemigos pueden ser extranjeros o herejes, inmigrantes o banqueros, burgueses o corruptos, judíos u homosexuales: según los casos. Nunca son individuos específicos, sino cuerpos sociales, identidades a su vez. Pero si este es el caso, entonces es mejor remontar el curso de la historia en busca de la fuente de lo que el populismo combate. ¿De dónde viene esta representación populista del mundo? ¿Qué pasado o a qué idea del pasado alude? Encontraremos así la tradición histórica que ha erosionado las certezas de que el populismo es nostálgico: la *naissance de l'individu* moderno (Ozouf, 1989); las revoluciones científicas que rompieron el aura sagrada del mundo; la racionalidad de la Ilustración denunciada, entre muchos, por un antiguo jesuita que se convirtió en Papa. Podemos ir más allá: el enemigo eterno del populismo es cualquier visión desencantada del mundo: el desencanto que concibe la vida social como un ejercicio pragmático e imperfecto y que rechaza las utopías redentoras por creer que la obsesión por la unanimidad desatará el fanatismo fratricida.

Los populismos son fenómenos de gran fuerza, a menudo muy populares y recurrentes en el tiempo. ¿Por qué? La razón salta a la vista: la nostalgia de unanimidad del populismo se alimenta de la percepción de un proceso de desintegración. En la base de cada ola populista siempre hay una crisis, real o percibida, de disgregación de vínculos culturales, sociales, políticos, religiosos, étnicos u otros de una comunidad (Mény y Surel, 2002), una disgregación causada por transformaciones de diferentes tipos: relaciones comerciales, migraciones, crisis económicas, nuevas tecnologías, ideologías políticas, modas. Debido a que los procesos de descomposición y recomposición social e cultural son característicos de la modernidad, en la que no sólo se producen de forma continua sino con rapidez especial, no es extraño que el populismo sea un ingrediente de nuestra vida cotidiana. El populismo ofrece un bálsamo milagroso contra la disgregación: protege la comunidad en peligro, regenera la identidad perdida, la cohesión de los tiempos pasados e idealizados. Se puede argumentar que la guerra populista contra la disgregación terminará en derrota, que su búsqueda de la unanimidad no da respuesta adecuada a los cambios y que la pluralidad volverá un día a hacer valer sus derechos: es cierto. Los muros no detendrán a la

migración, el proteccionismo a la globalización, la autarquía al comercio, el ludismo a las innovaciones tecnológicas, la censura a la circulación de ideas, el fanatismo religioso al escepticismo. Pero lo que hace que el populismo sea tan poderoso y popular reside en la promesa de bienes raros y preciosos, más que en su capacidad para mantenerla; de hecho, promete bienes que una visión desencantada del mundo, con pudor, evita evocar —sentido, pertenencia, redención, salvación— y también otros habituales —identidad y regeneración.

Todo esto sería suficiente para explicar el eterno retorno del populismo. Pero no es todo. No es solo que el populismo ofrezca una narrativa histórica coherente, que vincula un pasado radiante en el que el pueblo estaba unido y feliz, un presente plomizo de decadencia y desintegración, un futuro color de rosa de redención, todo condimentado con una verdadera épica, sino que lo hace simplificando en extremo la realidad. ¿Cómo? A través del esquema maniqueo que interpreta el mundo como una lucha eterna entre el bien y el mal. El populismo no analiza el mundo animado por la intención de hacer cambios, mejoras, reformas; le importa juzgar sus pecados, individualizar al culpable, emitir una condena moral, expiar y redimir. ¿Qué otra épica puede competir con la suya? ¿Qué enfoque desencantado puede como él calentar los corazones y movilizar las pasiones? En este nivel, el populismo no tiene rivales. Empapado del imaginario religioso del que es heredero secular, su poderosa visión es la misma que durante siglos ha alimentado las grandes religiones monoteístas.

2. PUEBLO

Si estas son las premisas, no sorprende que el populismo latino exhiba dos características clave, fáciles de ver en sus símbolos, en su vocabulario, en sus expectativas, en sus liturgias. La primera característica es lo que lo define positivamente y es un mito identitario que se expresa en una sola y simple palabra con gran poder evocador: pueblo. Con esta palabra, los populismos aluden a mucho más que a una realidad sociológica. Aluden a algo que la trasciende: a una comunidad holística, definida por una historia y un destino comunes, por un sistema de creencias y un relato compartido del mundo. A veces, la referencia al vínculo religioso es explícita, a veces implícita, por lo general se traduce en una identidad política. Pero no hay duda de una cosa: el pueblo del populismo es una comunidad de fe; no está unido por la ley o por un pacto político o por un vínculo racional como el pueblo constitucional, sino por la fe. No es coincidencia que para muchos teólogos la de “pueblo” sea una categoría mística y que el pueblo populista

sea el pueblo de Dios de la Biblia. La segunda característica es la otra cara de la primera y define los populismos por contraste. Es el antiliberalismo. Los populismos latinos son antiliberales, pero no en el sentido en que lo son muchas ideologías seculares. Lo son porque en el liberalismo identifican el fruto coherente y maduro de la tradición que desde la Reforma protestante vertebra a la Ilustración y amenaza la identidad del pueblo rompiendo el vínculo que en el pasado unió política y religión, orden social y orden natural, fe y razón, hombre y Dios. Se entiende que un famoso populista latinoamericano arremetiera contra Calvino, culpable de ser el “padre del liberalismo”, el verdadero “enemigo” (Bergoglio, 1974).

Estas características se repiten, de diversas maneras, en todos los populismos latinos. En el populismo clásico de la primera ola, el falangismo o el peronismo, el varguismo o el salazarismo, era explícito: hostil al liberalismo económico, el mercado, y al liberalismo político, la democracia representativa, creía que la catolicidad fuera el elemento identitario en torno al cual unir el pueblo y sobre que basar el Nuevo Orden al que aspiraban. Para ellos, el vínculo religioso era el dechado de la identidad nacional y definía a priori los límites de la legitimidad política e ideológica de los actores y las instituciones políticas; la nación y el pueblo eran comunidades naturales, esencias espirituales y morales a las que el orden temporal debía doblegarse. Surgidos en respuesta a los grandes cambios provocados por la modernidad liberal y capitalista, eran fenómenos que aspiraban a reunir Estado y sociedad, política y religión; eran regímenes a la vez políticos y religiosos, determinados a diluir al individuo dentro de una amplia comunidad llamada nación y pueblo con el fin de reparar la grieta abierta por la Ilustración y el liberalismo.

Dado que los fascismos eran la envoltura que revestía el núcleo ideal populista, su caída no secó la veta religiosa del populismo. Es cierto que el comunismo, la corriente antiliberal dominante en el mundo latino a partir de ese momento, se arropaba de cientificismo racionalista e incluso de ateísmo estatal. Pero esto no debe engañar. De hecho, la historia de las sucesivas oleadas populistas, aquellas que conectan a Perón con Podemos y la Falange con Chávez a través de Fidel Castro, refleja la atracción fatal, en el mundo latino, entre el comunismo y el cristianismo. La misma revolución cubana fue sobre todo la reacción del mundo rural, hispano y católico de Oriente contra el Occidente urbano y secularizado, permeable al estilo de vida estadounidense. Si Castro pudo establecer un régimen tan duradero, fue por su capacidad de establecerse como el redentor de un pueblo desconcertado por los efectos perturbadores de la rápida modernización en curso en Cuba; un redentor capaz de convencer de lo que todos los revolucionarios gritaron desde entonces con la ametralladora en la mano: que el socialismo era el orden social más cercano al evangelio; el Nuevo Orden

cristiano, una vez más. Siguiendo la parábola de Castro, todo conduce al jesuitismo en el que se formó, él que era hijo de un campesino gallego y que, desde esa remota tierra de la España católica, heredó un odio innato hacia la visión liberal del mundo. Sus epígonos, en América y en Europa, ahora libres de la hipoteca de la guerra fría, no tienen reparos en reclamar la matriz religiosa de su populismo antiliberal. De ahí que fertilicen la antigua planta populista con dosis masivas de teología de la liberación y teorías poscoloniales.

3. POPULISMOS LATINOS Y POPULISMOS ANGLOSAJONES

Este es el imaginario alrededor del cual se articula lo que llamamos populismo. Sin embargo, sería erróneo deducir que, en el fondo, todos los populismos son iguales. Como ya se dijo, a esta palabra no debería pedírsele demasiado. Debe tomarse como un tipo ideal, un denominador común entre fenómenos siempre diferentes. Si el populismo evoca una unanimidad perdida, en cuyo nombre combate a quienes imputa la disgregación, para caracterizarlo habrá que entender la naturaleza de su pasado imaginado, de su comunidad perdida. La tierra prometida del populismo no será una tierra prometida cualquiera: será popular y tendrá éxito si sabe evocar una identidad y una comunidad creíbles por vividas, recordadas o imaginadas por su pueblo. La historia siempre es diferente de lo que ha sido en el pasado, pero siempre se construye con los materiales de ese mismo pasado. De esa historia dependerá tanto lo que el populismo combate, como la dirección de su pulsión redentora. Por lo tanto, si bien el populismo es un fenómeno moderno que invoca la soberanía del pueblo, el tipo de modernidad que persigue redime, en una especie de *path dependency*, los rasgos clave del pasado imaginado al que se refiere; pasado diferente de un caso a otro, entre civilización y civilización.

Un ejemplo ayudará a entenderlo: el ejemplo de lo que une y diferencia el populismo latino y el populismo de Estados Unidos. El núcleo duro es el mismo: como el latino, el populismo en los Estados Unidos invoca un pueblo puro y virtuoso en busca de redención frente a una élite y otros elementos disgregadores a los que imputa haberle robado la soberanía y corrompido su identidad. Hasta aquí no existe una diferencia sustancial entre los dos tipos de populismos, entre los agricultores del *People's Party* y los descamisados peronistas, entre los electores proletarios de Donald Trump, los pobres que ovacionaron a Hugo Chávez, la juventud indignada que confía en Podemos o en el Movimiento 5 Estrellas: en todos esos casos, aunque tan diferentes entre ellos, asistimos a fenómenos redentivos, poten-

tes y eficaces en la movilización de un pueblo deseoso de rescate. La inspiración religiosa que los impregna no está en el contenido de sus demandas, a menudo en las antípodas de las de las religiones institucionales, sino en la certeza de ser un pueblo elegido, moralmente superior, pero oprimido, el polo positivo de una diáda maniquea donde los otros encarnan el pecado, la corrupción, el mal; está en la convicción de que el suyo es el único verdadero pueblo, por lo tanto, todo el pueblo.

Estos populismos, sin embargo, han declinado el espíritu redentor que los animaba de maneras muy diferentes entre ellos. El populismo latino siempre evocó principios ideales alternativos a los de la tradición de la Ilustración y de la filosofía liberal. Y siempre aspiró a fundar órdenes políticos e institucionales ajenos a la democracia liberal: democracias orgánicas, democracias populares, democracias directas, democracias participativas; órdenes basados en premisas opuestas a los principios representativos de la democracia liberal, a la centralidad del individuo y al pluralismo de los poderes que son su sal. Como si los populismos latinos trataran de sacudirse un vestido, el liberal-democrático, que consideran ajeno a la historia y la cultura del pueblo elegido que pretenden redimir. El populismo en los Estados Unidos, al revés, nunca pensó en órdenes políticos alternativos al del constitucionalismo liberal, que ha sido en su historia tan fuerte y flexible como para metabolizarlo o incorporar sus desafíos (Taggart, 2000). La democracia liberal de Estados Unidos y su arquitectura constitucional siempre terminaron absorbiendo el populismo y regenerándose al hacer suyas muchas de sus demandas. Así es: el pueblo de los populistas estadounidenses no puede separarse del pueblo del constitucionalismo liberal, que está en el origen de la nación, no evoca una comunidad natural, una identidad primigenia anterior y superior al pacto político consagrado en la Constitución. Es lo opuesto del populismo latino, donde el pueblo evocado por el populismo es una comunidad orgánica, un cuerpo natural independiente del pacto político. Es, al respecto, expresivo que la palabra española o italiana pueblo o *popolo* sea singular y aluda a una entidad unívoca, a diferencia de la palabra inglesa *people*, que indica un sujeto plural.

Que a pesar de partir de premisas redentoras comunes, los populismos latinos y anglosajones tengan metas tan diferentes es lógico, teniendo en cuenta cómo de diferente es el pasado que evocan; el del liberalismo protestante por un lado, el de la cristiandad católica por el otro, con las respectivas nociones de pueblo que dejan de dote. Dado que los pueblos idealizados a los que se refieren son muy diferentes en los dos casos, también el tipo de populismo que desarrollan es muy diferente. Esta es la razón de los malentendidos en que incurren, no siempre pero a menudo, los anglosajones con el populismo latino: por dar por descontado que el

populismo se desarrolla dentro del horizonte liberal democrático, suelen colocarlo en algún punto de la abscisa ideológica tradicional; de ahí que en la izquierda queden incluidos los populismos de base social más popular y en la derecha los demás (Abromeit, 2016). Se les escapa así lo esencial: que los populismos latinos evocan un pasado holístico en el que el pueblo se entendía como una comunidad orgánica, un organismo político y religioso unánime, impermeable a esas nociones; se les escapa que, donde el pueblo es Uno, no están admitidas una derecha y una izquierda que, al definirse como tales, se legitiman entre ellas, sino que se impone la oposición maniquea entre pueblo y antipueblo.

En realidad, al tener el populismo latino como objetivo ser el Todo y no la Parte, incluye en su interior lo que en un sistema pluralista se dispondría de la derecha a la izquierda. De ahí, por ejemplo, la confusión causada a menudo por el peronismo, tótem de neofascistas y cuna de marxistas, fascismo de izquierda para los estudiosos y comunismo de derecha para el jesuita que confesaba Eva Perón; o por el fascismo, reaccionario y revolucionario, nacionalista y socialista, antecámara de muchas militancias comunistas sucesivas. Por no hablar del castrismo, el régimen donde el estado ético más regeneró la unanimidad del pueblo pretendiendo purificarlo de toda contaminación; régimen afín a las antiguas reducciones jesuíticas, comunidades holísticas de tipo moral y social, basadas en la fusión de esfera política y religiosa, pública y privada, colectiva e individual. Fusión que está en las antípodas de la separación entre ellas promovida por la Ilustración y que se encuentra también en la democracia orgánica imaginada por el falangismo español en defensa del pueblo católico de la España eterna, amenazado por el comunismo y el laicismo; y en el régimen de Antonio Salazar, tan orgulloso de haber protegido la homogeneidad espiritual de su pueblo, hasta el punto de responder a una periodista que le preguntó si no lamentaba haber mantenido Portugal lejos de la modernidad y el liberalismo: “¿y le parece poco?”. La historia es más útil que las categorías de derecha e izquierda para comprender los diferentes tipos de populismo; y en la historia, las creencias y los valores, morales y sociales, conectados con el sistema religioso que la modeló (Zanatta, 2014).

4. SOBRE EL ETERNO RETORNO DEL POPULISMO LATINO

¿Qué quiere decir que el imaginario organicista y la concepción holística del pueblo son los cimientos remotos de la utopía unanimista típica del populismo latino? ¿De dónde vienen? ¿Por qué vuelven con extraordinario vigor y regularidad? Para responder a estas preguntas es necesario

partir de lejos, como ya se ha visto; del pasado que dio forma a la cultura, en sentido amplio, de los pueblos latinos. Es de esta cultura, de este pasado del que abreva el populismo latino y es precisamente sobre la concepción orgánica del orden social y sobre los valores morales que la sostienen que debe hacerse hincapié. Obviamente, al hacerlo se simplificará mucho la extraordinaria riqueza de un pasado más articulado y plural. Sin embargo, esta concepción es un elemento clave, fisiológico, para unas sociedades formadas en una era dominada por lo sagrado y moldeadas por el ideal de la cristiandad. Esta concepción posee ciertas características que regresan, secularizadas, en los fenómenos populistas.

La primera de estas características es la *jerarquía*: si el orden social está inspirado en los organismos vivos, en el cuerpo humano, los órganos que lo componen se organizarán de acuerdo a una jerarquía funcional, desde el más importante hasta el menos importante, formando todos juntos la armonía general perseguida por el imaginario orgánico. Esto parecería contrastar con el igualitarismo proclamado por varios populismos latinos, sin embargo, más que igualdad los populismos buscan homogeneidad, unanimidad. La segunda característica es el *unanimismo* típico del populismo latino. Al igual que el cuerpo humano, la sociedad orgánica no es la mera suma de los órganos que la componen: el todo excede la suma de las partes; el todo es superior a las partes. Todos los órganos son necesarios en la medida en que contribuyen, en armonía entre sí, a mantener el organismo sano. El órgano que no trabaja al unísono con los demás será entendido como una patología a erradicar en aras del bien colectivo. De acuerdo con esta concepción, como ya se vio, la sociedad no debe entenderse como el resultado imperfecto, dinámico y pluralista de un pacto político racional, sino como una entidad natural eterna, a preservar de contaminación, contagio, desintegración. Como tal, se basa en órganos, cuerpos, comunidades; es una sociedad corporativa. Los individuos son prescindibles si perturban la unidad orgánica del pueblo y los regímenes populistas expulsan a los que desafinan de mil maneras, incluidas las más drásticas. En este sentido, es una sociedad sin individuos. Es más: las populistas son sociedades que no contemplan la política, si por política entendemos a una arena institucional pública donde interactúan diferentes opiniones e intereses, protegidas por leyes que aseguran la libertad y legitimidad de todas. Así entendida, la política es para los populismos una amenaza a la armonía social; es causa de división, corrupción y, una vez más, disgregación. La política no es para el populismo el lugar que regula la pluralidad, sino el medio de reproducción de la homogeneidad. De ahí la fortuna de un término, *antipolítica*, que se asocia al populismo.

Para entender, sin embargo, la fuerza y la vitalidad de este imaginario y de sus rasgos, no es suficiente observar que se encuentran en los líderes

y en los regímenes populistas. Deben considerarse otros factores —culturales, económicos, sociales, políticos— que los hacen atractivos a las grandes masas. El primero es cultural y puede expresarse de la siguiente manera: ese imaginario es un sedimento enraizado en amplias capas populares, que encuentran en los fenómenos populistas un sistema de valores y creencias antiguas y familiares. El populismo expresa, en este sentido, una efectiva afinidad ética y emocional de los líderes populistas con su pueblo, a quien brinda los bienes raros y preciosos ya mencionados: sentido, pertenencia, rescate. Como tal, el imaginario orgánico de la cristiandad ibérica y latina es el legado cultural más denso e importante del que se nutre el populismo latino; legado que, por un lado, facilita la inclusión material y simbólica del pueblo dentro de una comunidad holística, pero, por el otro, niega el principio de pluralidad en nombre de la unanimidad. La dinámica política pluralista da lugar de ese modo a la guerra de religión típica de los sistemas políticos investidos por el populismo; sistemas donde se impone la lucha entre el populismo y sus enemigos, a su vez inducidos por la naturaleza del choque a asumir los rasgos maniqueos del populismo que combaten.

El segundo factor que ayuda a entender por qué el mundo latino es una especie de reserva natural del populismo se refiere a la dimensión social. Las sociedades latinas están atravesadas por profundas fallas: como todas; las americanas mucho más que las europeas. De hecho, el populismo latino prospera en las primeras incluso más que en las segundas. Son fallas, en algunos casos, de naturaleza étnica y cultural, pero en general hijas del legado corporativo del organicismo católico. El individuo, en la comunidad orgánica, permanece más tiempo y más profundamente vinculado al cuerpo social al que pertenece: familia, territorio, profesión. Es más resistente a la universalización de la ciudadanía. ¿Qué tiene esto que ver con el populismo? Mucho, porque esta segmentación social se materializa en barreras culturales y sociales que inhiben la difusión del ethos pluralista más allá de élites restringidas y cosmopolitas, el llamado *establishment*. Por eso el enorme desafío de popularizar el imaginario liberal extendiéndolo a todos los estratos sociales se ha perdido, con frecuencia, en el mundo latino en contraste con la resistencia del unanimismo holística; o incluso donde ha avanzado más, como en el mundo latino europeo, siempre sufre un déficit de legitimidad frente a un imaginario corporativo muy pertinaz y arraigado, pronto a reclamar sus derechos, a denunciar los peligros que se ciernen sobre él. En el típico maniqueísmo religioso agitado por el populismo contra las élites, las masas relegadas al estrato inferior de la escala social y también otras clases o territorios afligidos por la erosión de los lazos corporativos, ven el camino a la redención. En oposición al complejo juego político e institucional de la democracia liberal y de su clase política, en el que ven un ritual extraño

que reproduce su exclusión o al que imputan la disgregación de su cuerpo social, la idea populista de pueblo les resulta familiar y alentadora, una garantía para preservar los lazos y las identidades en peligro.

Finalmente, a la hora de tratar de entender el eterno retorno y la indestructible vitalidad de los populismos latinos, debe considerarse un tercer factor. Se lo puede denominar *modernización periférica*. No es ninguna peculiaridad: todo el mundo, empezando por los países de la Europa Latina, tuvo antes o después que medirse con los cambios globales provocados por las revoluciones —científica, industrial, constitucional— surgidas en el área protestante. Revoluciones a las que el mundo latino opuso, como modelo y defensa, precisamente el orden orgánico que el populismo invoca hoy. Tanto en sus efectos virtuosos como en sus efectos perjudiciales, esas revoluciones se mostraron en las periferias, a medida que esos efectos las alcanzaban, como causas de desintegración material y moral. Cuando, como en el mundo latino, el orden así amenazado era el formado por comunidades orgánicas con las que se identificaba, el efecto fue previsible: el populismo apareció prometiendo proteger a su pueblo de la amenaza que pesaba sobre su unidad e identidad, con la enorme ventaja de poder achacarla al enemigo externo y a sus aliados internos, las élites cosmopolitas, el *establishment*, una vez más. La posibilidad de cargar cualquier plaga, fractura o conflicto, desde la pobreza hasta el SIDA, desde las drogas hasta la desigualdad, desde el crimen hasta el conflicto de clases, a todopoderosos enemigos llamados, según los casos, imperio, liberalismo, mercado, es una fuente inagotable de energía para el populismo latinoamericano; así como la coartada perfecta para evitar medirse con sus causas endógenas (De la Torre y Arnson, 2013).

5. EL FUTURO DEL POPULISMO

Los populismos disfrutan de excelente salud y es fácil prever que todavía la disfrutarán con cierta ciclicidad: si la modernidad es descomposición y su imaginario se alimenta de una promesa de reintegración, el depósito del que se abastecen es inagotable. Pero al mismo tiempo, cada vez que su imaginario unanimista debe enfrentarse con la realidad y su gobierno, los populismos corren el riesgo de convertirse en huérfanos del pueblo en cuyo nombre actúan. Podría llamarse la “gran ilusión” del populismo. Pretende ejercer el monopolio del poder invocando un pueblo mítico, unánime y homogéneo que la realidad desmiente a medida que las sociedades se vuelven más diversificadas y plurales. Dados esos límites, se entiende que los populismos contemporáneos sean en su mayoría híbridos: tienen la

vocación unanimista de los progenitores, pero no pueden, como aquellos, barrer con todos los oponentes. Viviendo en democracia, deben tolerar una cierta cantidad de pluralismo y así correr el riesgo de normalizarse, constitucionalizarse, perder la pulsión redentora de la que se alimentan. Hasta quedarse sin pueblo o con poco pueblo, hasta enfrentar la derrota. Sería arriesgado afirmar que las democracias liberales latinas son hoy en día fuertes y vigilantes, impermeables al desafío del populismo: algunas más, otras menos. Pero tampoco están al borde del abismo. La normalización del populismo, su constitucionalización, su metamorfosis obligada de Todo a Parte, inducida por la continuidad del juego institucional democrático, es el gran desafío al que se enfrentan (Mudde y Kaltwasser, 2014).

Algo similar se puede decir sobre el entrelazamiento íntimo, el vínculo incestuoso, que une al populismo con la historia religiosa del mundo latino. Así como la naturaleza del populismo ha cambiado parcialmente con el tiempo, también lo está su vínculo con la religión. La naturaleza híbrida de los populismos actuales inhibe su transformación en regímenes y la evolución en religiones políticas, imponiéndoles ciertos límites y ciertas reglas de la democracia liberal; límites y reglas de las cuales intentan liberarse, pero por los cuales terminan condicionados o incluso embridados. Esta realidad obliga a los populismos a jugar el juego de la democracia. Al hacerlo, a veces se transforman en partidos como los demás, lo que afecta a su vena redentora. Su relato maniqueo se lima gradualmente al contacto con la prosa del compromiso típico de los sistemas democráticos, erosionando su potencial subversivo, su inspiración religiosa, su impulso totalitario. Llevará muchos años más de democracia, de progreso en la calidad institucional, de cambios culturales, para desactivar la bomba populista. Pero su utopía unanimista ya ha sufrido muchos golpes. Sin duda, la democracia se beneficiará de una esfera política más sólida, legítima y autónoma del ámbito religioso.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abromeit, J. (ed.) (2016). *Transformations of Populism in Europe and the Americas*. Londres: Bloomsbury.
- Bergoglio, J. M. (1974). *El Padre Provincial de la Compañía de Jesús a la comunidad de la Universidad del Salvador*. Buenos Aires, 27 agosto 1974.
- Castro, F. (1974). *Discurso*, 17 de mayo de 1974. Recuperado de <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos>.
- De la Torre, C. y Arnson, C. J. (2013). *Latin American Populism in the Twenty-First Century*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Hermet, G. (2001). *Les populismes dans le monde: une histoire sociologique, XIX-XX siècle*. París: Fayard.

- Gentile, E. (2001). *Le religioni della politica*. Roma-Bari: Laterza
- Griffin, R. (eds.) (2008). *The Sacred in Twentieth-century Politics*. Basingstoke-Nueva York: Palgrave.
- Mény, Y., Surel, Y. (2002). *Populismo e Democrazia*. Bologna: Il Mulino.
- Mudde C. y Rovira Kaltwasser, C. (eds.) (2014). *Populism in Europe and the Americas Threat or Corrective for Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ozouf, M. (1989). *L'Homme régénéré*. París: Gallimard.
- Taggart, P. A. (2000). *Populism*. Filadelfia: Open University Press.
- Zanatta, L. (2014). *El Populismo*. Buenos Aires: Katz.